

Domingo 4 de octubre del 2020

Evangelio según San Mateo (21, 33-43).

Un día Jesús contó una historia a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo:

"Había una vez el dueño de un terreno, comenzó a plantar en su tierra un viñedo, para tener una gran cosecha de uvas, lo rodeó con una cerca para protegerlo, cavó un pozo para construir en él una torre para el vigilante y luego lo alquiló a unos viñadores y se fue de viaje. Llegado el tiempo donde ya saldrían las uvas, envió a sus sirvientes al viñedo a recoger su parte de los frutos para que se los fueran a pedir a los viñadores; pero éstos se apoderaron de los sirvientes, golpearon a uno, mataron a otro y a otro más lo apedrearon. El dueño, envió de nuevo a otros sirvientes, ahora eran más que la primera vez, pero los viñadores los trataron del mismo modo. Por último, les mandó a su propio hijo, pensando: 'A mi hijo lo respetarán'. Pero cuando los viñadores lo vieron, se dijeron unos a otros: 'Este es el heredero. Vamos a matarlo y nos quedaremos con su herencia'. Le echaron mano, lo sacaron del viñedo y lo mataron".

Cuando Jesús terminó la parábola, les preguntó:
"Ahora, díganme: cuando vuelva el dueño del viñedo,
¿qué hará con esos viñadores?"

Ellos le respondieron: "Dará muerte terrible a esos mal
agradecidos, los sacará del viñedo y se lo confiará a
otros viñadores, que le entreguen los frutos a su
tiempo".

Entonces Jesús les dijo: "¿No han leído nunca en la
Escritura: La piedra que desecharon los
constructores, es ahora la piedra angular. Esto es
obra del Señor y es un prodigio admirable? Por esta
razón les digo que les será quitado a ustedes el Reino
de Dios y se le dará a un pueblo que produzca sus
frutos".

